

EN LOS CENTENARIOS DE RAFAEL CASTEJÓN, DE DAMIÁN DE CASTRO, DE ANTONIO SANTACRUZ Y DE MARCOS REDONDO

JOSÉ VALVERDE MADRID
ACADÉMICO NUMERARIO

I. En el Centenario de don Rafael Castejón y Martínez de Arizala (1893-1986)

El 23 de octubre de 1893 nació en esta ciudad una figura irrepetible en la intelectualidad cordobesa del siglo XX. Magnífico orador, científico, académico, escritor. Durante lustros fue el representante de la sabiduría cordobesa.

En 1913, con apenas veinte años, fue premio extraordinario al finalizar su carrera en la Escuela de Veterinaria, y un año más tarde, número uno en las oposiciones de ingreso al cuerpo de veterinaria militar, escogiendo destino en las Yeguada Militar de Moratalla en Hornachuelos, la gran finca perteneciente a los Marqueses de Viana; es aquí donde inicia sus primeras investigaciones zootécnicas con gran éxito, publicándose en diversas revistas científicas de la época.

En 1915 es destinado al ejército de Africa en Melilla, donde comienza a alternar la labor científica con la periodística, colaborando con los diarios locales cordobeses y realizando cientos de crónicas; actividad que continuaría durante toda su larga vida.

A los tres años pide el retiro, vuelve a Córdoba como auxiliar de la Escuela de Veterinaria y monta un incipiente laboratorio particular de análisis y producción de vacunas para la ganadería. Es nombrado académico de la Real Academia de Córdoba y en 1921 obtiene la cátedra de Infecciosas que estaba unida a Inspección de Mataderos, centrando sus investigaciones, entre otras, en la peste porcina contra la que llegó a elaborar una vacuna sensibilizada.

En 1926 finaliza la carrera de Medicina y es nombrado Director de la todavía Escuela de Veterinaria, impulsando con gran entusiasmo la terminación del nuevo edificio sede de la actual facultad. Aceptó en 1931 la organización de la Estación Pecuaria Regional Andaluza (Granja del Estado), que años más tarde se transformaría en Granja Experimental Agronómica y la dirección interina de la Yeguada Nacional, a la que había servido durante 20 años como veterinario

militar. Un año más tarde fue nombrado Delegado Nacional en el X Congreso Internacional de Avicultura en Roma, y en 1935 Director General de Sanidad, a lo que le dio opción su doble título de veterinario y médico. En su corto período de ejercicio obtuvo la aprobación del proyecto del Instituto de Higiene y Sanidad para Córdoba.

Esta dedicación profesional es recompensada con múltiples premios; en 1957 fue nombrado Presidente de Honor del Colegio Oficial de Veterinarios de Córdoba y años más tarde, en 1985, del de Granada. Medalla de Oro de la Sociedad Veterinaria de Zootecnia, de la que fue fundador. En mayo de 1964 sus compañeros de profesión le rindieron homenaje a través de la publicación de un libro en su honor. En 1979, Medalla de Oro de la Academia de Ciencias Veterinarias de Madrid y ese mismo año es nombrado Académico de Honor de la de Ciencias Veterinarias de la capital de España. En 1985, Medalla de Oro del Congreso General de Colegios Veterinarios de España. Unos años antes de su fallecimiento, tuvo la satisfacción de asistir a la inauguración de su propio busto, obra del escultor Juan Polo, que ennoblece el edificio de la Facultad de Veterinaria de nuestra ciudad por la que tanto luchó.

Sus inquietudes no sólo se dedicaron al campo profesional, sino que abarcaron un número ilimitado de temas concernientes a la cultura cordobesa, además de una efímera participación en política muy joven, junto a su hermano Federico, ambos militantes en los primeros partidos regionalistas andaluces, siendo elegido diputado por Montilla-Castro. Posteriormente, en los años treinta, Don Rafael, a instancias del Ilustrísimo Sr. Obispo D. Adolfo Pérez-Muñoz, asistió junto a otros intelectuales de la talla de D. José María Rey Díaz, Gil Muñoz, a la convocatoria hecha por el prelado para concienciarles en la necesidad de su participación en política; ante las distintas opciones, Don Rafael escogió el Partido Radical de Lerroux.

Tras el paréntesis de la guerra civil y el destierro de casi un año sufrido en Orense, retorna a su cargo de catedrático en Córdoba e impulsa con nuevos bríos la vida académica, haciendo renacer junto con D. José María Rey Díaz las sesiones de la Real Academia, institución en la que desempeñaría diversos cargos de la junta directiva, hasta ser nombrado en 1957 Director, sucediendo a su maestro D. José Amo. Uno de los objetivos donde centró de forma primordial su atención, fue en la publicación y divulgación de los boletines, que obtuvieron gran prestigio en el ámbito nacional e internacional. Años antes fundó con el doctor José Navarro, la Academia de Ciencias Médicas, hoy desaparecida, de la que fue director.

Desde 1921 perteneció a la Academia de la Historia; y en 1945 fue nombrado académico de Bellas Artes de San Fernando en Madrid. En compensación a su esfuerzo y trayectoria intelectual y académica recibió a lo largo de su dilatada vida numerosos reconocimientos entre los que destacamos el de Doctor en Filosofía y Letras en 1951 por el National College of Canadá, Miembro de Honor de *Les Violetti Picards et Normands* de París en 1957, e igualmente Miembro de Honor del *Club des intelectuales Français* un año más tarde. En 1974 recibió la medalla de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la encomienda de Alfonso X El Sabio y la medalla de la Academia de Doctores de la Universidad Complutense y de la Real Academia de la Historia de Madrid. También la Acade-

mia de Bellas Artes y Buenas Letras "Velez de Guevara", de Écija, le otorgó su medalla.

Sus extraordinarias dotes como organizador y orador fueron desde muy joven puestas de manifiesto. Fue el gran propulsor de la reivindicación del poeta Góngora, adelantándose y organizando con entusiasmo el tricentenario de este insigne cordobés. Sus publicaciones en el diario *Sol* de Madrid, en 1925, fueron preparando el terreno para los numerosos actos y conferencias que se rindieron en el homenaje de 1927, que contó en Córdoba con la presencia del poeta Dámaso Alonso. En todas las intervenciones, no sólo en la ciudad, sino en la provincia, brillaron sus dotes de gran orador, faceta que no desmereció a lo largo de su vida, siendo galardonado en 1976 con la insignia "Pico de Oro" de la ciudad.

No podemos dejar atrás su apasionada dedicación a la cultura árabe; fue Delegado Provincial de Excavaciones y colaborador del Patronato de Medina Azahara, realizando las memorias oficiales de las sucesivas excavaciones. Sus artículos arabistas obtuvieron renombre, entre los que se destacan el publicado en el *Boletín de la Real Academia de Córdoba* en 1929 (sobre el califato). Sobre Medina Azahara escribió auténticas monografías y en general con respecto a todos los temas concernientes al período musulmán en nuestra ciudad. Por su iniciativa se creó dentro de la Academia el Instituto de Estudios Califales en 1956, y en 1962 inició la publicación *Al-Mulk*. Desde 1932 era poseedor de la Medalla de Oro al Mérito y Miembro de Honor del Institut Nord-Africain D'Études Metapsysiques, concedido en Argel en 1957. Recibió de la República Libanesa la Medalla de Oro y la Banda de Caballero de la Orden Nacional del Cedro.

Su labor en la Comisión de Monumentos y en defensa de las antigüedades cordobesas fue durante muchos años practicada con tenacidad, contando con el apoyo continuo de las Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

Realizó una inmejorable actuación como Presidente de la Delegación Provincial de la Asociación "Amigos de los Castillos", recibiendo como fruto la Medalla de Oro y la placa de la Asociación Española Amigos de los Castillos y a título póstumo el escudo de oro.

En 1967 fue nombrado cronista de Córdoba, creando la sección de cronistas en la Academia cordobesa, lo que proporcionó un gran auge, posteriormente, a la Asociación Española de Cronistas.

Don Rafael fue el sucesor de la trayectoria que marcaron los eruditos cordobeses tal y como fueron Ramírez de las Casas Deza y Borja Pavón, que impulsaron la cultura y tradiciones cordobesas con el anterior siglo.

En 1974 es nombrado Hijo Predilecto de la Provincia de Córdoba, recibiendo la medalla al mérito provincial, reconociendo que no había pueblo en la provincia que no hubiese visitado y estudiado.

El Ayuntamiento de Córdoba, consciente de su calidad humana y científica, le había concedido, en 1954, la primera medalla de plata de la ciudad y en 1985 le tributó un homenaje al ser nombrado Hijo Predilecto de Córdoba y medalla de oro de la ciudad, dedicándole una calle en su honor, con el nombre de Arabista Castejón y Martínez de Arizala. Este mismo año, la Universidad de Córdoba le había otorgado su medalla de oro. La Real Academia de Córdoba, Institución a la que dedicó más de setenta años de su fecunda vida, descubrió en su recuerdo una placa

conmemorativa en la fachada de su casa, en la calle Ramírez de las Casas-Deza.

Los cordobeses hemos de estar inmensamente agradecidos a la dedicación de este hombre que durante su larga vida fue poderoso motor al impulsar múltiples aspectos de la intelectualidad y ciencia cordobesa.

Córdoba se ha venido salvando de la mediocridad gracias a esta serie de personajes que cíclicamente se repiten en su historia como Don Rafael Castejón.

II. En el Centenario del platero Damián de Castro

Dos siglos han hecho el día 7 de junio de la muerte del gran platero cordobés Damián de Castro. Había nacido en nuestra ciudad el día 27 de septiembre de 1716. Era hijo del buen platero Juan de Castro, y de doña María Rafaela Osorio. En la calle Azonaicas ocurrió su nacimiento, y en aquella casa, en el taller de su padre, empezó a manejar los útiles de la profesión en la que llegaría a las más altas cimas. Con trece años ya se llevó el primer premio en el concurso de los aprendices de plateros, premio consistente en cuatro reales, y con diecinueve se examinó de maestro con un anillo de diamantes primoroso. Muy joven empezó a trabajar para mantener a su madre y a sus hermanos que por la pronta muerte de su padre se habían quedado en difícil situación. A diferencia de las obras que punzará su padre, ya aparece en las obras de madurez de Castro el rococó, las de Fernán Núñez y Écija. Casó con treinta años de edad con María Rafaela García Aguilar, hija del gran platero Bernabé García de los Reyes, el de la custodia de Espejo, y nieta de otro platero de fama en Córdoba, Alonso Aguilar. Aporta ella una fuerte dote a la unión, y en el taller que fue de su padre, amplía Castro el suyo, que ya recibe numerosos encargos. Una enfermedad le postra en el lecho y gracias a la intercesión del Padre Borrego, obtiene mejora.

Por los años sesenta de su siglo, ya prospera de tal manera Castro que no solamente compra casas, sino que da dinero en préstamo a linajudos cordobeses, como fue Juan de los Ríos. Sustituye a su suegro en el cargo de Maestro Mayor de la platería de la catedral cordobesa. Es la época de la Virgen y el San Rafael del tesoro catedralicio, en cuyas imágenes colabora Alonso Gómez de Sandoval, su gran amigo y el mejor escultor de su tiempo.

Sus obras de platería rebasan el ámbito de la capital y se extienden a los pueblos de Bujalance, El Carpio, Aguilar, Fernán-Núñez, Posadas, Montemayor, Priego y Antequera. Pero su arte en la parroquia de San Nicolás de La Villa cordobesa, hacen de esta iglesia el exponente de su mejor arte. Sus encargos para Madrid hacen que delegue el cobro de ellos a su hermano Diego de Castro, cambia por entonces su punzón agregándole una flor de lis y solicita se le expida carta de nobleza por la Real Chacillería de Valladolid por su apellido García.

Mas también empieza Damián de Castro a hacer operaciones arriesgadas, fianzas a nobles arruinados, compra de cortijos, compra de oficios de escribanías públicas y de contadurías de cuentas, administración de capellanías y de vínculos como el de Don Diego de la Corte. También compra la Huerta los Ídolos, con más de doscientas fanegas de tierra. Lo mismo vende lana que hace aquel conjunto de plata rococó bellísimo de Montemayor.

La custodia de plata dorada que le encarga el obispo Delgado para la Orotava es genial, mientras que vuelve al arte clásico olvidando el rococó en sus encargos para la catedral malagueña. Las cruces de varias parroquias cordobesas son de su mano, así como un viso para Baena y un cáliz para Puente Genil. Aunque no están punzonadas, atribuimos a Castro la urna y el pie de ostensorio del tesoro catedralicio cordobés de ese tiempo.

Hacia 1779 ya es Damián de Castro fiel contraste y hermano mayor de la cofradía de San Eloy, y es cuando viaja a Madrid a solucionar el pleito con los plateros de Málaga. Le perseguían los pleitos como la sombra al cuerpo, y ello fueron los que ocasionaron su ruina. Todavía en 1789, ante la visita a Córdoba de Carlos IV, los orfebres acuerdan delegar en él como el más caracterizado y el mejor dibujantes de ellos, la organización de la máscara sería que en honor del Rey se iba a construir. Los pleitos y requerimiento se van sucediendo en su perjuicio, por lo que abandona la lucha y marcha a Sevilla al calor de su hermano Pedro, el canónigo, y allí muere olvidado de todos el día 7 de junio de 1793; era el mejor artista de la platería rococó y creador de la escuela cordobesa del siglo XVIII.

III. En el Centenario del platero barroco Antonio Santa Cruz

En el mes de mayo de 1793 moría en Córdoba Antonio Santa Cruz Zaldúa, el autor de la gran custodia de Baena. Vamos a recordarle en su centenario pues es, junto con Damián de Castro, una de las dos grandes figuras de la platería del rococó cordobés. Nacido el 8 de septiembre de 1733, fue bautizado pocos días después en la iglesia de San Nicolás de la Axerquía. Sus padres eran don Juan Santa Cruz y doña Alejandra Zaldúa Villarreal. Con quince años ingresó en un taller de platería y con veinte se examinó de maestro de su arte presentando como muestra un esquilón de plata. También ese mismo año de 1753 se casó con Rosalía Laura de Pedrajas, igualmente de familia de platero. Ya se emancipa de su maestro Juan Dardero y abre taller propio, pues la dote de su esposa le ayuda a ello.

Primeramente vive en la calle de la Feria en una casa propiedad de la cofradía de San Eloy, por la que paga 230 reales de vellón. Hace en el año 1763 la mitra de San Eloy, obra verdaderamente admirable. Crece su prestigio de tal modo que cuando se reúne con la Congregación de los Plateros, presidios por Don José Hoyo Tafur, para solucionar un asunto con los plateros de Madrid, acuerdan que el que lleve la voz en dichas negociaciones sea el joven Santa Cruz; así consta en una escritura ante el escribano Carrión en 1770.

Le llueven los encargos a Santa Cruz de tal manera que primeramente amplía su taller con unas casas que compra en la calle Sillería, teniendo dos años después que arrendar una casa en la cuesta de los Gabachos o de Luján, para la exposición de sus obras, por la que paga mil reales de vellón anuales.

En el año 1779 se queda viudo Santa Cruz, y en el testamento de su esposa le instituye heredero en unión de sus siete hijos, de los cuales el mayor, Juan, es ya canónigo en Úbeda. Los demás le ayudan en su taller y hacen con su padre, en el

año 1782, la magnífica ampliación de la custodia de Baena para la iglesia de Santa María la Mayor, para la cual había dejado una fuerte suma la dama baenense Doña Asunción Porras. Cerca de dos metros de altura y cien quilos de peso hacen de esta custodia la más monumental muestra del rococó cordobés.

En el año 1789 son nombrados por la Congregación de San Eloy Damián de Castro y Santa Cruz diputados encargados de las fiestas de la cofradía con ocasión de la proclamación de Carlos IV como Rey, haciendo una función religiosa y erigiendo un arco triunfal en la calle de la Feria. Al año siguiente alquila nuevas casas nuestro platero en la calle Caldereros, por más de seiscientos reales, y es que no cabe la obra en su taller. También es Santa Cruz diputado del común del cabildo y su prestigio es inmenso. Le afecta mucho la quiebra de su amigo Damián de Castro, quedando su taller en primer lugar en lo referente a encargos.

Un pleito con Almería le causa un gran disgusto en el año 1791, y ya en esa época empieza a encontrarse enfermo, agudizándosele la enfermedad en el año 1793 en el que el día 31 de mayo, muy postrado, tanto que no pudo firmar, ordena su testamento ante el escribano Barroso. En él mejora a su hija soltera, Joaquina, en veinte mil reales e instituye herederos por partes iguales a sus hijos: Juan, Antonio, Joaquina, José —que era fraile Jerónimo— y Gertrudis. Su hijo Antonio, por cierto, había recién estrenado su cargo de familiar del Santo Oficio de la Inquisición, para el que se requerían pruebas de limpieza de sangre. Muere Santa Cruz el 16 de mayo de aquel año, y una lacónica partida de defunción del Sagrario de la Catedral cordobesa, nos dice que se llevó a enterrar su cadáver al convento franciscano, siendo el suyo un entierro solemne con asistencia de la Venerable Congregación de los Plateros, la de San Eloy, no pudiendo asistir a la reunión del mes de mayo de dicha cofradía, que acordaron ante la venida de Carlos IV a Córdoba, costear tres días de luminarias en la plaza de la Corredera y regalar cientos de doblones al cabildo cordobés, para costear dichas fiestas. También acordaron que costara en el acta el sentimiento de la corporación por la muerte de aquel gran artista que fue el hidalgo Antonio Santa Cruz Zaldúa.

IV. En el Centenario de Marcos Redondo

El 24 de noviembre de 1893 nació en Pozoblanco Marcos Redondo, el gran barítono, orgullo de nuestra escena y también académico y escritor. Su obra *Un hombre que se va*, publicada en el año 1973 por la Editorial Planeta, es una de las mejores memorias escritas por una persona del teatro español. Recordemos en estos centenarios cordobeses de 1993 la gran figura de Marcos Redondo. Hijo de un guarnicero quien se había casado con la hija del teniente de la Guardia Civil de su pueblo, nació el día que antes indicábamos en la casa número 54 de la calle Teresa Cejudo. A los dos años se quedó huérfano de padre y su madre se trasladó a Ciudad Real, donde éste ingresó de “seise” en la catedral, destacándose desde muy pequeño por su magnífica voz. Estudió piano y armonía y llegó hasta organista de la iglesia de San Pedro. Con diecinueve años cantó unas romanzas en el teatro de Ciudad Real que le valieron para que el director de la banda municipal que era amigo de Tomás Bretón le recomendará a éste. Una beca de quinientas

pesetas de la Diputación de Córdoba, a la que también pidió fondos su mentor, hizo realidad su sueño dorado de ir a Madrid donde le tenemos con veinte años, también ayudado por el Ayuntamiento de Pozoblanco, pues la beca de la Diputación no le llegaba.

El servicio militar le hizo conocer el regimiento de guarnición en Manresa, donde conoció a la que fuera su esposa. La vuelta a Madrid le hizo entrar ya en una compañía de ópera de donde en el año 1924 pasó a otra de zarzuela. Aquí llega la edad de oro de la zarzuela española y su nombre va unido a esta esplendorosa época donde los maestros Moreno Torroba, Alonso y Serrano dejaron huella de su genio de partituras inolvidables. Con todos ellos destacó Marcos. Casado con la novia manresana María Dolores Bosch Nogué, en su "torre" de Viladráu, cerca de Manresa, le sorprende la guerra civil, pasando mil calamidades en unión de otro gran artista, Carlos Vázquez Úbeda, natural de Ciudad Real, pero también casado en Cataluña y vecino suyo. A éste le salvó del fusilamiento el ser de la Legión de Honor. Redondo vio su casa asaltada y requisados sus bienes; cuando se liberó Barcelona cantó él la primera misa de acción de gracias.

Nuevamente incorporado a la escena, más de setenta obras fueron representadas por Marcos, muchas de ellas con estreno incluido. La última vez que subió al escenario fue en el año 1970, en Santa Bruz de Tenerife. Retirado a su torre de Viladráu, muchas veces volvió a su pueblo y a Córdoba, donde recibió el homenaje de los cordobeses y le fue impuesta la insignia de Académico Correspondiente de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes cordobesa en el año 1969, siendo director Don Rafael Castejón. En su pueblo le fue dedicada una calle y en la casa en que nació se pidió una placa conmemorativa. Dedicado en su jubilación a la pesca en su casa de Viladráu y a la literatura, en el año 1973 compuso sus memorias con el título *Un hombre que se va*, donde nos dice que su padre el guarnicero, fue un cantante frustrado, pues aún en el pueblo guardaban memoria de su potente voz que heredó su hijo. Otra de las aficiones suyas era la filatelia y la fotografía, grandes álbunes de sellos dejaron muestra de su cariño al coleccionismo. Su cariño a su pueblo natal y su amistad con el cronista Muñoz Calero fue hasta sus últimos días en que la correspondencia entre ambos se cortó por la repentina muerte del gran cantante que fue Marcos Redondo, ocurrida en el año 1976. Un cordobés universal que paseó su arte por muchas naciones y que en Milán dejó la huella de haber sido el mejor barítono español que pisara el escenario.